

## 4. Aguacero en Nueva York

WALKER VIAJA POR TREN de Washington a Filadelfia, donde pasa un día antes de proseguir a Nueva York. La prensa informa que él expresa gran satisfacción por las continuas demostraciones de simpatía que recibe en el trayecto. En Filadelfia, sin embargo, se ve obligado a explicar la frase "Cuba deberá ser y será libre [para el Sur] mas no para los Yankees" en la carta del 12 de agosto de 1856 a Goicouría, publicada por éste en Nueva York en noviembre (véase el tomo 4, *La Guerra Nacional*, p. 142). No pudiendo negar la existencia de la carta, Walker trata de explicar la frase cuando se la preguntan los reporteros en Filadelfia, pero sólo logra hundirse más.

Primero, no dice la verdad, pues, de acuerdo a la prensa, "Walker niega categóricamente haber alguna vez expresado nada que indique que él alberga sentimientos diferentes hacia el Norte y el Sur de la nación".<sup>36</sup> Walker olvida convenientemente que ya desde 1849 expresó con precisión dicho sentimiento en el *Crescent* (véase el tomo 1, *La Ciudad Medialuna*, p. 225). Segundo, Walker miente de nuevo cuando dice, y la prensa lo informa, refiriéndose a la frase en la carta a Goicouría, que: "él jamás escribió ni enunció dicha frase. Él la explica diciendo que esas palabras las escribió una jovencita española, en español, sobre el texto de una de sus cartas, y que esa carta así marcada estaba entre los papeles que se le perdieron en una súbita retirada y fue después publicada; y que la expresión ofensiva, interpolada por otra persona, le llegó al público sin explicarse, lo cual había dañado la estima que a él le tienen en el Norte".<sup>37</sup>

A la luz de los hechos conocidos, la explicación de Walker luce falsa. La carta en cuestión (fechaada el 12 de agosto de 1856) contiene las creden-

ciales de Goicourúa para ir a Inglaterra, que el general Cazneau le entrega al cubano en Nueva York a su arribo el 30 de agosto en el *Cahawba*, mucho antes de que la carta se pueda haber perdido en ninguna "súbita retirada" en una guerra que comenzó en octubre.<sup>38</sup> Además, cuando consideramos la situación de los filibusteros en Granada, y especialmente la índole y los hábitos de Walker, es extremadamente improbable, por no decir imposible, que ninguna "jovencita española", ni nadie, haya escrito algo ajeno en su correspondencia oficial. Más plausible es que Walker altere la verdad para minimizar el daño a su imagen en el Norte, precisamente en vísperas del recibimiento de héroe que le preparan sus amigos en Nueva York. Walker tiene amigos encumbrados hasta la cima de la alcaldía de la Ciudad Imperial; hasta el alcalde Fernando Wood y su hermano Benjamin, director del órgano de la Democracia de Tammany Hall, el *Daily News*.

Los hermanos Wood son "fuertemente esclavistas"; Fernando, un "alcalde notoriamente corrupto ... convirtió a la organización política Tammany Hall en una maquinaria política personal", y enseguida ganará renombre como un conspicuo "líder Copperhead" durante la Guerra de Secesión, oponiéndose a los esfuerzos bélicos del Norte y favoreciendo "la creación de un Estado separado en la ciudad de Nueva York".<sup>39</sup> Durante la alcaldía de Wood, Tammany Hall apoya abiertamente a los filibusteros. Al arribo de Henningsen de Aspinwall, a finales de mayo de 1857, la maquinaria demócrata del alcalde Wood se encarga de las festividades dándole la bienvenida a los "héroes nicaragüenses". El concejal William Wilson, "corredor de emigrantes, pillo, faquín, Mayor-General de los Ciudadanos Voluntarios y Jefe de Filas de Fernando Wood", es el maestro de ceremonias.<sup>40</sup>

Wilson organiza una "procesión de antorchas" y "serenata" en honor a Henningsen. La procesión forma filas al caer la noche el 1 de junio, "en el genuino Cuartel General Demócrata", la taberna "Pichel de Peltre".<sup>41</sup> Tras desfilar por las calles bajas de Nueva York, amenizada por una charanga, la procesión —"los 25 músicos y 54 acompañantes, incluyendo Generales,

Mayores-Generales, Capitanes y todos los rasos, desde los de 10 hasta los de 40 años de edad"— se detiene frente a la casa de Henningsen, la No. 140 en la calle Doce Oeste.<sup>42</sup> La banda toca canciones animadas, que atraen entre mil y dos mil curiosos. El general Duff Green, el general William Cazneau y otros distinguidos miembros del "Comité de la Acera", saludan al general Henningsen, y el concejal Wilson le presenta una bandera de Nicaragua. Henningsen responde leyendo un discurso preparado de previo, elogiando a Walker, y la prensa se lo da al mundo la mañana siguiente:

... Ahora bien, a aquéllos que atacan a William Walker porque aún no ha tenido éxito, yo les diría: Esperen. No se precipiten. Recuerden que todavía vive el hombre que con cincuenta y seis camaradas cambió, durante dos años, el destino de Nicaragua; que solamente tiene 34 años de edad; y que hoy existen cincuenta-y-seis-multiplicado-muchas-veces personas que confían en lo que han visto pasar de su maravillosa carrera y en el futuro que le aguarda. A aquéllos que menosprecian sus dotes militares, yo les diría, que aunque ellos fueran napoleones o washingtons, no conocen bastante los hechos para juzgar correctamente sobre ellos. Pero, la realidad es que no son napoleones ni washingtons. Están muy lejos de serlo. La realidad es que al leer sus críticas yo deduzco lo contrario; deduzco que no saben nada de la materia que están hablando; que aun conociendo todos los hechos, con todos sus detalles, son incapaces de arribar a conclusiones racionales.

Pero yo, que he tenido el privilegio de conocer a algunos de los hombres más sobresalientes de esta generación —yo, que tengo alguna experiencia militar— yo, que participé en dos tercios de la lucha, no temo afirmar —¡Qué va! Más bien estoy ansioso de dejar sentada mi convicción, de que William Walker es uno de los hombres más notables de la edad en que vivimos. No obstante lo versátil de su talento y lo profundo de sus conocimientos, es verdad que Walker no sabía nada del arte de la guerra, fuera de lo que le enseñaron sus estudios y sus experiencias en Nicaragua; pero, sea cual fuere, o no, su pericia en esos detalles que hasta los mediocres logran

dominar con la ayuda del estudio y la experiencia, sin dudarlo un instante les aseguro que, en aquellas combinaciones más elevadas que se inspiran únicamente en la previsión del genio y en los impulsos de aptitudes innatas, su carrera militar es tan distinguida que yo opino que muchos buenos y famosos generales no hubieran podido resistir por tanto tiempo ni con todo el éxito que él lo hizo, luchando contra fuerzas tan superiores y en tan adversas circunstancias.

Mientras estuve en Nicaragua, me tocó la buena suerte de no verme nunca obligado por las inexorables circunstancias de la guerra a condenar a muerte a nadie. Lo que han dado en llamar mi humanismo, ha sido ensalzado por los aliados y sus partidarios para echarle la culpa implícitamente a William Walker. Pues, sepan quienes lo acusan de ser sanguinario y cruel, que lo único que puedo decir, y que afirmo categóricamente, es que él nunca privó de la vida a nadie en circunstancias en que yo no me hubiera visto obligado a hacer lo mismo, si hubiera estado en su lugar —y sé de muchos casos en que sus partidarios murieron y sufrieron, debido a su renuencia a dar castigos ejemplares ...<sup>43</sup>

Siguen varias reuniones con gran publicidad, en las que "honorables" jueces neoyorquinos y otros políticos democráticos se codean con el coronel J. W. Fabens, el coronel George B. Hall y sus camaradas filibusteros, haciendo los preparativos para "la recepción pública del general William Walker, el paladín de la libertad republicana en Nicaragua".<sup>44</sup> Una "grande y entusiasta multitud" de sesenta y siete hombres y dieciséis muchachos se reúne en la noche del 11 de junio en el "Club Imperial" del funcionario federal y líder de Tammany Hall, Isaiah Rynders, en un salón todavía cubierto con los carteles y banderas de la última campaña electoral. Tras numerosos discursos y resoluciones, nombran un Comité de Preparativos de catorce miembros, el que a su vez luego nombra un Comité de Recepción encabezado por el concejal Wilson, un Comité de Finanzas, un Gran Bastonero y ocho vicebastoneros. Le encargan a Wilson que consiga la cooperación del

Concejo para darle la bienvenida al ilustre visitante. El programa que elaboran anuncia que el Batallón Independiente de Granaderos de Rynders —arriba de 300 hombres: caballería, artillería e infantería— escoltará a Walker, y que la artillería disparará una salva de cien cañonazos junto al muelle. Horace Greeley no pierde tiempo en desollar ese ridículo culto al héroe:

El hombre tiene inclinación natural para la idolatría. Eso es indudable. No hay pedazo de palo tan frágil ni madera tan podrida que, aunque no sirva para nada más en el mundo, no se pueda usar para hacer un ídolo. No sólo varas y troncos, sino también piedras y terrones han sido adorados con la mayor devoción. Y lo mismo sucede con el culto al héroe que con todas las otras formas de idolatría. No hay criatura tan débil e imbécil, tan desprovista de humanidad y sentido común, que no llene perfectamente bien los requisitos para hacer de ella un héroe, y especialmente un héroe militar. La verdad de estas observaciones se muestra palpable en los preparativos que se hacen en esta ciudad para brindarle una recepción heroica a ese escapado y deportado filibustero, William Walker. Washington y Jackson pueden muy bien hacerse a un lado. Que el general Scott esconda la cabeza menguada. Mirad, que ahí viene el héroe conquistador —obligado, sin duda, por de pronto a evacuar Nicaragua; pero en cuanto el concejal Wilson y sus demás distinguidos partidarios en esta ciudad recojan los fondos, él retornará allá, a restablecer su autoridad, a pagar los vales, a dotar con fincas a todos los vagos de Nueva York, y a proseguir de gloria en gloria. ...

El talento, aunque se emplee para la maldad, puede generar cierto grado de admiración; pero la estupidez, la malevolencia y el fracaso combinados, son materiales sorprendentes para hacer un héroe. No obstante, como los hombres han deificado a un cabro, asno, serpiente o mono, ¿por qué no a un filibustero destartalado y en bancarota?<sup>45</sup>

Sucesos trascendentales en los anales neoyorquinos juegan un papel inesperado en la recepción de Walker. Enfrentándose al régimen corrupto del

alcalde Fernando Wood, la legislatura estatal en Albany, dominada por el partido Republicano, ha reformado la carta constitutiva de la ciudad en abril. Entre otras medidas, creó un cuerpo independiente de Policía Metropolitana para quitarle el control a la Policía Municipal de Wood; como resultado, en junio de 1857 hay dos cuerpos de policía antagónicos en Nueva York, "y ambos se odian a muerte".<sup>46</sup> El 13 de junio se produce un tumulto en el que se enfrentan metropolitanos y municipales, dejando como saldo dieciséis heridos, algunos de ellos mortales. A Wood lo acusan de haber instigado el tumulto, y a las 11 A.M. del martes 16 de junio, horas antes de llegar Walker, un juez ordena el arresto del alcalde. A las 3:15 P.M., cincuenta policías metropolitanos llegan a la alcaldía a arrestar a Wood, pero al subir las gradas los detiene una turba de más de 500 hombres garrote en mano, capitaneados por el concejal William Wilson, jefe del Cuerpo de Voluntarios del alcalde Wood (y también líder del Comité de Recepción encargado de darle la bienvenida a Walker). Así, el alcalde no cae preso, y durante el resto de la tarde y en la noche, millares de individuos en un estado de excitación tumultuaria pululan en el parque frente a la alcaldía y los alrededores. Ésa es la situación cuando Walker llega a Nueva York, y así la pinta en el *Tribune* Horace Greeley, quien ve en Wood y Walker a un par de villanos, filibusteros gemelos:

Ayer, en esta ciudad, mientras se desarrollaban las escenas tumultuarias bajo el patronazgo y en provecho de los planes subversivos del funcionario filibustero a quien el año pasado los votantes del municipio elevaron a la posición de Alcalde de Nueva York, otro filibustero, cuyo campo de acción ha sido un Estado extranjero, y quien durante dos años ha devastado a sangre y fuego las ciudades y hogares de un pueblo hacia el que él no siente mayor sentimiento de afinidad que la del pirata para su víctima cuando le ordena caminar en la tabla<sup>47</sup> —sabedor de la verdad del sucinto proverbio que "los muertos no hablan"— venía a la ciudad a recibir la calurosa bienvenida y simpatía de una clase de hombres demasiado bien conocidos para necesitar descripción.<sup>48</sup>

El tren de Filadelfia con el general Walker y su séquito (el capitán Fayssox y los coroneles Waters, Lockridge y Anderson) llega a Perth Amboy a las 5 P.M. El Comité de Recepción (menos su presidente William Wilson, atareado con los Voluntarios en la alcaldía) va a encontrarlos a la estación y los acompaña a bordo del *John Potter* por el North River hasta desembarcar en la plaza Battery a las siete. En el Muelle No. 1, Wilson le da la bienvenida a Walker en nombre del pueblo de Nueva York, con la banda tocando la tonada "Vean venir al héroe conquistador" y una salva de cien cañonazos. Walker y sus acompañantes prosiguen en carruajes por la calle Broadway hasta el parque de la alcaldía, como a dos kilómetros, seguidos en procesión por 200 ó 300 personas. Las aceras están llenas de curiosos en todo el trayecto y una muchedumbre abarrota el parque, al igual que en la tarde, atraída por la colisión de la Policía Metropolitana y los Voluntarios del alcalde. La multitud en el parque había disminuido algo a las 5 P.M., cuando gran cantidad de gente sigue a la banda hacia el muelle, pero aumenta de nuevo cuando llega otro gentío al salir de sus trabajos a las 6 P.M. Es una turba revoltosa, no atemperada por la llovizna que cae incesante al atardecer. La crónica detallada del *Herald* narra el resto:

Las maneras de matar el tiempo fueron numerosas y diversas hasta el momento de llegar el General. Ahora un grito de "¡Pelea—pelea!" envió un vasto ejército al portón oriental, donde se libró una batalla campal hasta que otro grito similar mandó el gentío al otro lado. Enseguida vino una riña en las gradas de la alcaldía, y así la turba se mantuvo en movimiento. En la tarima se apiñó toda la clase de gente que uno pueda imaginar, de todo tamaño, edad, color, traje, porte y conducta, brindando una infinita fuente de gozo. Las diversas riñas, peleas, chanzas y chacotas continuaron sin interrupción bajo la garúa hasta cerca de las ocho, cuando se anunció que llegaba el general Walker. Las candilejas en la lejanía pronto atestiguaron la verdad del aserto, y sobrevino un gran agolpamiento de gente hacia el portón

occidental. Los carruajes del general Walker y del Comité de Preparativos avanzaron hasta entrar por el portón, y la fuerte oleada de gente siguió presionando en dirección opuesta, hasta el propio costado del parque frente a la alcaldía, cubriendo todas las vías una compacta masa ondulante de seres humanos.<sup>49</sup>

Al llegar Walker, todos corren a agolparse junto a la tarima para oírlo. El homenajeador y el Comité de Recepción se ven obligados a encaramarse en la mesa de los reporteros, y la algarabía que se desata hace imposible escuchar a los oradores. El juez A. A. Phillips dice el discurso de bienvenida: con gran esfuerzo logra leer lo que lleva escrito, pero nadie a cuatro pasos de distancia puede oírlo. El Gran Bastonero, capitán John Creighton, trata de acallar el bullicio, rogándole a la multitud escuchar "las palabras del Presidente de Nicaragua". Mas es imposible. Walker comienza a hablar, pero en vano porque enseguida empieza a llover fuerte; en vez del largo discurso que ha preparado, dice sólo estas pocas palabras:

*Ciudadanos de Nueva York:* Os agradezco vuestras expresiones de simpatía hacia la causa de la que soy el humilde representante. Os agradezco esta pronta aprobación de la causa por la que he combatido últimamente y por la que esperamos combatir en el futuro. Me complace escuchar alusiones a los campos que confío se llamen "gloriosos", en Nicaragua. Mas, con mucho mayor orgullo que el que las meras victorias pueden inspirar, me presento aquí ante vosotros a decir y declarar que reto a cualquiera a que señale la circunstancia en que yo haya actuado contrario a la ley de la justicia y el derecho. Me siento más ufano de hacer esta declaración que de haber salido vencedor en un millar de lides [Vitores de los espectadores]. De nuevo os agradezco estas expresiones de simpatía y aprobación, y tendré el placer de veros a todos en cualquier momento que estiméis conveniente [Vitores].<sup>50</sup>

El *Herald* observa que "Hubo mucha bulla, pero tanto el General



como la gente manifestaron poco entusiasmo".<sup>51</sup> El *Tribune* considera "desanimado" el recibimiento, y comenta que el discurso de Walker "lo echó a perder la lluvia, y todo el evento fue eclipsado por los más importantes sucesos relacionados con el gran filibustero de la alcaldía. La ovación a Walker fue decididamente un fiasco".<sup>52</sup> La larga crónica del *New York Times* cierra con la siguiente explicación:

Le hemos concedido tanto espacio en nuestras columnas como creímos le debíamos dar al reportaje de una considerable multitud en uno de los principales lugares públicos de la ciudad. Le hubiéramos dado igual prominencia a una recepción pública del general Pulgarcito,<sup>53</sup> o a las últimas palabras y confesión de un famoso asesino al morir, pues el oficio de un diario metropolitano es el informar las ligerezas y flaquezas con no menos cuidado que los accidentes y las catástrofes del día. Pero creemos que, por el buen nombre de nuestra ciudad (ya bastante comprometido por las dificultades domésticas de índole grave y seria), así como por la reputación de la nación, debemos expresar los sentimientos entremezclados de disgusto y vilipendio con que la mayoría de los ciudadanos decentes e inteligentes de Nueva York, de todas las clases y todos los partidos, miran a la farsa filibustera celebrada anoche en el Parque tras la tragedia de la guerra de la Policía. Los extranjeros, que no entienden ni pueden comprender que un "Mitin público" en una ciudad Americana significa algo o nada —dependiendo de quiénes sean las personas prominentes en dicha reunión—, deben saber que nosotros en realidad podemos aguantar el disparo de "cien cañonazos al pie del Muelle No.1" y la descarga de dos o tres discursos incoherentes e inaudibles en las gradas de la alcaldía, sin que ello ponga en peligro "nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro sagrado honor", en un plan para la conquista del istmo de Panamá y las Islas de la Sociedad, o para la anexión inmediata al Estado de Nueva York de la República de Costa Rica y las posesiones de Su Majestad Británica en las Indias Orientales.<sup>54</sup>

Al bajarse Walker de la mesa de los reporteros, el Comité de Recepción se lo lleva con sus compañeros al Hotel St. Nicholas. Ahí descubren que el hotel está lleno y no puede acomodarlos. Entonces se van a la Casa La Farge y los alojan en amplias habitaciones del segundo piso. En breve los visitan el general Cazneau, el coronel Fabens, Fermín Ferrer y otros amigos; George Law llega más noche y conversa en privado con Walker. Los reporteros no pueden averiguar qué hablan y la única cosa adicional de importancia que descubren es que, en el parque, un ratero le ha robado al tesorero Mr. Campbell todos los fondos del comité...

Viéndolo bien, tanto en el parque como en los periódicos y en el arqueo de dinero, el 16 de junio de 1857 —segundo aniversario de la llegada de Walker a Nicaragua— en Nueva York es un día lluvioso para él y sus amigos.

